

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

SABER A QUE ATENERSE

La imagen intelectual del mundo y su «descapitalización»

SIEMPRE me sorprende y admira, en España y en otros lugares, la calidad humana del pueblo sin adular, especialmente de los campesinos y de los que, sin serlo, se han mantenido cerca de las raíces de la vida rural, sin trasplantes, de los que han vivido durante muchos años —tal vez no sólo ellos, sino generaciones de antepasados—, en aldeas, pueblos o pequeñas ciudades, donde la vida puede sedimentarse, recibe ordenadamente estímulos, los asimila sin atropellarlos, no los confunde con los subproductos de una cultura trivial e improvisada, difundida por mecanismos impersonales.

Un amigo mío soriano, más inteligente que intelectual, universitario y hombre de realidades, que vive implantado en su tierra —y en la tierra—, con extraña autenticidad, con unas raíces casi visibles que le dan no sé qué de árbol, ha escrito un libro que hubiera encantado a Azorín. El autor se llama Emilio Ruiz; su libro, «El campesino en su sexmo» («sexmo», para los que no conozcan la palabra, era una división territorial que comprendía varios pueblos, unidos para la administración de sus bienes). Se compone de diecinueve relatos, de los que su autor hubiera podido decir, como don Ramón de la Cruz: «Yo escribo y la verdad me dicta». Es raro encontrar en letra impresa tanta realidad, tan inmediata presencia de ambientes, escenarios, formas de vida, personajes que son tipos humanos y a la vez individuos insustituibles. Con un mínimo de retórica y artificio literario, con seguro acierto de escritor, Emilio Ruiz ha sabido evocar figuras bien conocidas, humildes amigos con los cuales se ha encontrado por tierras de Soria, con los que ha hablado, con los que ha callado, sobre todo —porque son formas de vida hechas de silencio, un silencio que se «escucha» en las páginas de Emilio Ruiz.

Estos personajes son de ficción, porque han sido fingidos, forjados, interpretados por el autor; pero son reales, han existido o todavía existen, y a algunos los conozco; lo que pasa es que para que puedan existir fuera de sí mismos hay que «inventarlos», interpretarlos, y esto es lo que ha hecho Emilio Ruiz, como tienen que hacer —aunque sea sin palabras— todos sus amigos. «¿Ente de ficción? ¿Ente de realidad?» —se preguntaba una vez don Miguel de Unamuno—. Y se respondía: «De realidad de ficción, qué es ficción en realidad.» Al repasar sus vidas he recordado a tantos que no han visto las suyas escritas y contadas, a quienes he conocido y tratado de imaginar, de recrear. Y se me ha impuesto la evidencia de su profunda «civilización», del «acierto» global de sus vidas, de la manera como están incardinados en los quicios firmes de una interpretación del mundo. Y no he podido menos de compararlos con tantos hombres y mujeres más «cultos» de nuestro tiempo, que han hecho estudios y leen algunos libros —¿cuáles?— y periódicos, y revistas ilustradas, y no se pueden separar de un transistor, o viven pegados a una pantalla de televisión, y así van absorbiendo ideas y retazos de ideas, noticias, juicios prefabricados, normas, opiniones sobre todo, y acaban por tener una imagen confusa e irresponsable de la realidad, origen del fre-

cuente desconcierto, del empobrecimiento y desorientación de sus biografías.

Un pastor soriano, un cortijero andaluz, un pescador vasco, un huertano de Lérida o de Huesca, una vieja aldeana gallega, cualquiera de los que ejercen los pequeños oficios, los menudos comercios de las viejas ciudades españolas —y otro tanto se podría decir de otros países—, tienen una mente incomparablemente mejor orientada, más clara, con mayor porción de «verdad» que buena parte de los hombres improvisados que encontramos a cada paso, tan llenos de «noticias» y «opiniones» como de falsedades que llevan a lo más grave, la falsedad de la vida. Los primeros, y aún en los casos extremos que pudieran llegar al analfabetismo, son realmente incomparablemente más civilizados.

Hace mucho tiempo, en mi libro «La estructura social» (1955), en el capítulo titulado «La ideología dominante o imagen intelectual del mundo», me refería a las ideas sobre la realidad que lleva consigo, por ejemplo, la enseñanza de la religión cristiana, aún en sus formas más elementales, en el catecismo y cualquier pequeño manual escolar de «historia sagrada», lo que se enseñaba —sin propósito teórico— a todos los habitantes de los países de lengua española, y con escasas variaciones a otros muchos.

«De esta enseñanza —escribía yo— se deriva una imprecisa noción de mundo creado, en relación con Dios creador, una cosmogonía, una idea del hombre como realidad corporea y anímica, una mínima doctrina psicológica —los sentidos corporales que se enumeran en el catecismo, las «potencias del alma», los vicios y las virtudes, las nociones de arrepentimiento, atrición, contrición, «dolor de corazón» devoción, etcétera—, una idea jerárquica de la sociedad —padres, maestros, mayores «en edad, saber y gobierno»—, una visión de la historia —pueblo elegido, profetismo, plan providencial, juicio final—, una idea muy definida del «puesto del hombre en el cosmos», en relación con las plantas, los animales, los espíritus angélicos y la Divinidad, una noción del milagro y, por tanto, de un orden «natural», casi de «leyes de la naturaleza», todo esto sin contar las ideas específicamente religiosas y teológicas, que tienen una vertiente ideológica general y contribuyen también a formar esa imagen del mundo: lo natural y lo sobrenatural, la Encarnación, la idea de pecado, la noción de eficacia —por ejemplo, sacramental—, la idea de espíritu, la visión escatológica, la interpretación de la muerte y la inmortalidad, los principios de justicia, mérito, premio y castigo, la oposición del tiempo y la eternidad, etcétera. Esto y mucho más es el fabuloso repertorio intelectual en que, sin el menor propósito científico, introducen al muchacho de la última escuela rural española el catecismo del padre Ripalda y el modesto epítome de historia sagrada de Fleury o cualquier otro: el diluvio y los sacrificios; judíos, filisteos, babilonios, fenicios, macedonios, griegos, romanos; Baltasar, Nabucodonosor y Alejandro Magno; el Nilo, el Mar Rojo, el Sinaí; la idolatría y el becerro de oro; formas sociales —tri-

bus, poligamia y monogamia, concubinato—; los Magos de Oriente; el homicidio —Cain y Abel—; la seducción —Sansón y Dalila— el mundo de los sueños —José—, la inestabilidad de los imperios, las pasiones del alma, el destino que se anuncia y se cumple —«Mane Tecel Fares.»

No importa que algunas de estas ideas no sean «verdaderas» como interpretaciones científicas de la realidad, que estén basadas en una filosofía, una psicología, una sociología o una historia que hoy estén «superadas». Hay que preguntar: ¿dónde? Acaso en las mentes de los primeros hombres que las cultivan; quizá en los pocos libros cimeros que investigan esos temas. Pero si se comparan con las nociones dominantes aun entre los medianamente cultos, tales ideas representan una visión de la realidad mucho más rica, rigurosa, matizada, humana; mucho más justificada intelectualmente, más susceptible de prueba; y, sobre todo, mucho más coherente, más capaz de ejercer la misión fundamental de la cultura: orientar, dar seguridad, hacer que el hombre pueda «saber a qué atenerse» y elegir su vida.

Si se hiciera un análisis mental un poco riguroso del hombre contemporáneo, creo que el resultado sería estremecedor. Y si la realidad es mejor, se debe a que, por debajo de las «ideas» acumuladas de cualquier manera en su cabeza, el hombre tiene su vida efectiva, hecha siempre de seriedad y de responsabilidad, orientada por un subsuelo de creencias incomparablemente más fuerte y sólido.

Lo más grave es que el equilibrio se está rompiendo, y muy de prisa, a favor de las «ideas» que en aluvión asaltan las mentes, sin justificación, sin contraste, sin sedimentación y articulación en una imagen coherente del mundo. Piénsese en las «ideas morales» que profesan —o por lo menos dicen profesar— innumerables contemporáneos nuestros; reflexiónese en lo que sería la idea del hombre que tendrían si fuese verdad que creen lo que suponen creer. Al lado de esto, esa interpretación de la realidad cuyas líneas generales he evocado se está perdiendo, olvidando, dejando en un rincón. Es lo que podríamos llamar una colosal «descapitalización» de las riquezas mentales de las cuales ha vivido la humanidad occidental durante siglos. ¿Dónde estaremos a fines de siglo, al llegar al mítico año 2000, hoy tan cercano que casi nos atrevemos a esperarlo los que ya no somos jóvenes, que seguramente vivirá la gran mayoría de los hombres y mujeres que hoy pesan sobre el planeta? Pienso que podría ser un año espléndido si se depurara con claridad y agudeza, con ideas responsables, esa imagen milenaria del mundo depositada por innumerables experiencias y ensayos; si se hace almoneda de todo ello y se lo sustituye por las ideas toscas y arcaicas que tantos prefieren hoy, acaso no valga la pena llegar a la fecha «redonda» que tanto nos ilusionaba a los que hemos conocido el siglo XX cuando era muy joven.

Julián MARIAS

CON AIRE DE PARADOJA

BREVE REFLEXION SOBRE LA ALEGRIA

ES sorprendente lo poco que se habla de la alegría. Me refiero a «hablar» de ella en términos de análisis y de explicación. Los filósofos, los psicólogos, la plantilla entera de los «investigadores del corazón humano», se han ocupado larga y detenidamente del dolor, por ejemplo, y del tedio, y del miedo, y de la angustia, y de otras muchas «cosas» no menos siniestras que nos ocurren cada día. Con estos temas han escrito doctas disertaciones, novelas a porrillo, ensayos de dorada profundidad. La alegría no ha tenido tanta suerte. Ni siquiera como material de poemas líricos.

No digo, desde luego, que no existan papeles, e incluso papeles insignes, acerca del particular. Pero no son demasiado abundantes. En todo caso, no guardan proporción, en volumen y en entusiasmo, con los dedicados a los demás problemas del «funcionamiento» pongamos «moral», o «anímico» si se quiere o lo que se quiera, de nuestra especie. Y la verdad es que la palabra «alegría» aparece con notoria frecuencia en la conversación de la gente, y quizá con más frecuencia aún en los programas públicos o privados que la gente se autoadministra. «Vivez joyeux!» era la consigna que el maestro Alcofraybas estampó al frente de su «Pantagruel». Ciertamente el viejo Rabelais fue un traposo bastante complicado... Una cartelera de espectáculos cualquiera, en especial cuando se relaciona con los géneros llamados «frívolos», demuestra la vigencia del vocablo a ese nivel de invitación permanente...

Porque, eso es indudable, la alegría constituye uno de los escasos «ideales» que el vecindario tendría que cultivar y, en lo posible, llevar a la práctica. Precisamente por ser todo lo contrario de lo que la fatalidad cotidiana nos promete y cumple. Los eternos Catones —aguafiestas cargados de razón en los «hechos» que esgrimen— no olvidan ningún detalle en sus admo-

niciones: nacemos llorando, claro está; crecemos en medio de molestias y aflicción; hemos de sudar para ganarnos el pan, y, encima, nos duelen las muelas; las variantes sucesivas de malestar, desde el reuma o las varices al cáncer, acechan a cada momento; y se nos mueren los parientes y los amigos; y al final, para colmo de desdichas, uno mismo se ha de morir. La vida es pura desgracia. Y me limito a recoger el aspecto meramente «físico» del panorama. Es comprensible que la humanidad haya inventado la alegría. Escribo «inventado» con plena consciencia del alcance «voluntarista» que ello sugiere. En realidad, una leve pausa en el rosario de desastres o de fastidios ya nos parece una «alegría». Nos «alegramos» de una buena noticia, de una chamba favorable, de cualquier desahogo. Son pequeñas, pequeñísimas alegrías, que se agostan en seguida. Hay, también, «grandes alegrías»: cuando nace un hijo, a veces; cuando una pareja se casa, según dicen; cuando las loterías sociales conceden premios gordos. Pero no son menos efímeras que las otras, ¡ay!

Quizá por ahí hay que empezar a ver el asunto: la alegría, en la hipótesis de que nos visite, es tremendamente corta. No dura. Y, una vez pasada, resulta amarga. «Nessun maggior dolore...» A pesar de todo, y probablemente por eso mismo, una obsesión corriente es la de buscar «alegrías» artificiales: provocarse la propia alegría. Fijémonos en los datos más cercanos. La alegría que solemos consumir —en la medida en que la concibamos como «alegría»— no es la solemne y vaporosa de las proposiciones poético-matufísticas. Cuando el enérgico chinchín de Beethoven, al final de su «Novena», nos transmite las tonterías de Schiller, los oyentes no estamos nada seguros de que «aquello» tenga algo que ver, directamente, con la alegría. Valga la indicación. La alegría se nos propone

en el anuncio de una revista con chistes verdes y señoritas bien proporcionadas. Ponerse «alegre», en ciertos dialectos afables, significa haber bebido más de la cuenta. Y no hará falta añadir más. Por lo general, se utilizan sinónimos menos enfáticos: en vez de «alegría», decimos «diversión» o algo parecido. La verdad es que casi nunca nos «alegramos». Y las «alegrías» de jerga o de pasar el rato acaban en resaca o en una rutinaria sensación de inanidad.

Advertiré, aunque no lo creo necesario, que la «risa», y ni siquiera la «sonrisa», sólo de manera tangencial tienen que ver con la alegría. El olvidado librito de Bergson lo daba a entender. Pero, a veces, se «supone» que reír o sonreír «significan» una afabilidad que, si no es alegría, poco le falta. La identificación risa-alegría forma parte del truco publicitario de ciertas maniobras. «Usted se reirá», ergo «se pondrá alegre»; se «alegrará». La experiencia no lo certifica. Reírse no equivale a regocijarse: a menudo, nos reímos con la misma pasión con la que podríamos llorar. El llanto tiene mala prensa, no sé por qué. La sátira en cualquiera de sus manifestaciones —una caricatura política, un calembour malicioso, el choteo universal— es «hilarante». Y suele serlo, por el intrínseco mecanismo de los contrastes y sus inferencias. Pero nuestra «obligación» sería echarnos a llorar. La denuncia que expone el «humorista» debería ser una excitación a la réplica airada, o al vómito, cuando menos. Habitualmente, sirve de laxante... Dejemos esto. Y volvamos a nuestros «moutons», como diría Rabelais. El, que afirmaba —con sorna o sin sorna— aquello de «pour ce que rire est le propre de l'homme...».

Frente a la «sustantiva» malignidad de la vida, la humanidad ya sabe qué hacer. Intenta mitigarla. No es la alegría su esperanza inmediata, sino la aspirina. Lo importante es ir ti-

rando, y lo importante, en consecuencia, son los «analgésicos»: píocimas, maniobras, murgas, conceptos, que aplaquen las amarguras del cuerpo o del ánimo. Hay quien se entrega a las drogas; hay quien se acoge a los demiurgos; hay quien practica recetas de higiene, de dietética, de ejercicio muscular. Todo es uno y lo mismo, en definitiva. Se trata de evadirse, provisionalmente, de la feroz peripetia de vivir: de ponerle parches o ilusiones. Vivir es un proceso irreversible de «degradación». Más o menos. Sobre todo, a partir de cierta edad. Más que a la «alegría», acudimos al médico, que es un personaje en definitiva poco alegre. «Et pour cause!»... Yo no diré que la alegría sea una falacia. Sospecho que lo es. Pero no me atrevo a proferir axiomas insolentes. A mi entender, lo bueno sería «ir tirando» y «aguantar» con las menos dificultades posibles. Evitando el dolor y aplazando la muerte. Al fin y al cabo, la «vida» es lo único que cuenta, sino se hace insostenible. ¿La alegría? La alegría tendría que ser eso: sobrevivir sin excesivos oprobios. Una alegría pedestre, vulgar: triste ¿por qué no decirlo?...

Joan FUSTER

P. S. — Concluya la precedente divagación, y al azar de una lectura, me encuentro con estos versos de un distinguidísimo y difunto poeta español:

*La alegría
consiste en tener salud
y la mollera vacía.*

y esta sentenciosa sandez me da la razón. Me excuso del aire de paradoja que pueda tener el comentario, pero puntualizarlo me llevaría muy lejos...

AUDIO, S.A.
La Granada, 34 (Junto a Tuset)
Tels. 217 15 54/58/62
ESPECIALISTAS EN ALTA FIDELIDAD
DISCOS Y MUSICASETTES
REPARACION DE AMPLIFICADO-
RES-TOCADISCOS

PERFILES DE ALUMINIO
AMPLIA GAMA
Consultar precios
GRANDES ALMACENES
TARRAGONA
Sepúlveda, 150. Teléfono 243-52-16 y 224-25-19

cajas
plegables/impresas
cartoncillo y micro
SIN CARGO DE MOLDES
REPETIMOS LAS SUYAS
O LAS CREAMOS NUEVAS
LLAME AL 283 07 33
LE VISITARA UN TECNICO
CREADOR, SIN COMPROMISO
buen servicio a precio justo

**PARA VIAJAR...
¡NO LO DUDE!**
**AUTOCARES
MOLIST**
NUMANCIA, 63
32113 00 - 23014 22 - 23010 41